

Versión online de Las Cartas de Kátsar: septiembre 2015

Este capítulo pertenece a la obra original de Las Cartas de Kátsar, © Alejandro Pino Alamillo .

© Derechos de edición reservados.

Alejandro Pino Alamillo.

Alejandro Pinø Alamillo.

www.alejandropino.net

alejandropinoalamillo@gmail.com

Colección Novela

© Alejandro Pino Alamillo

Edición: online a través de www.alejandropino.net .

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

Todos los contenidos de las páginas web de Alejandro Pino, ya sean fotografías, imágenes, dibujos, textos, audio, video, software, logotipos y diseño, están protegidos por la normativa de Propiedad Intelectual e Industrial, en particular por el RDL 1/96 que aprueba el Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual y por la Ley de Marcas 17/2001.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna y por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor. Todos los derechos reservados. Recordando siempre que la obra que tiene en sus manos puede ser una novela de ficción o un ensayo en el que el autor haga valoraciones personales y subjetivas.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) o al autor si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47; www.alejandropino.net).»

Las Cartas de Kátsar

Capítulo K : El principio del fin

por

Alejandro Pino Alamillo

Las Calas de los Ahogados era un lugar desolado y opresivo, hostil para la vida mortal. Restos de naufragios descansaban encallados en la orilla, viejos esqueletos de barcos que advertían al incauto de los peligros del lugar. Débiles rayos de luz se deslizaban a través de las compactas nubes que de nuevo se adueñaban de la isla.

Alatirno paseó por la orilla, mojado y alterado. Se detuvo y respiró hondo, intentando relajarse al tiempo que exhalaba el aire. Se volvió hacia el agitado mar, reprochándole con la mirada lo sucedido. Me acerqué a mi único amigo y posé una de mis manos en su hombro. El roce pareció reconfortarle y disipar las dudas de su mente.

—No podemos volver atrás—dijo de repente.

—Entonces seguiremos adelante—una contestación vaga incluso para mí, pero determinante.

Miré a nuestro alrededor. La orilla estaba llena de enredaderas secas y de cascarones vacíos de antiguos barcos. A lo lejos pude divisar una pequeña colina donde crecía una arboleda de troncos retorcidos y sin hojas.

—Deberíamos ir hacia aquellos árboles e intentar hacer un fuego para entrar en calor. Tal vez desde aquella altura y con un buen fuego podamos divisar algo—propuse al tiempo que daba una patada a un cangrejo que buscaba pelea con una de mis botas—. Te está bien empleado, bicho asqueroso.

Alatirno miró al pobre animal volar por los aires y asintió. Nos pusimos en marcha bajo la constante amenaza de un inminente chaparrón, lo normal en Mérlobock. Cuando llegamos a la colina nos sorprendió encontrar las ruinas de una antigua casa de piedra. En la parte trasera había un estanque de aguas verdes. La profunda charca estaba rodeada de numerosas esculturas dañadas por el tiempo. Alatirno y yo intercambiamos miradas.

—¿Qué es este lugar?—pregunté mirando el cuerpo decapitado de una escultura.

—Hace mucho tiempo, el norte de la isla fue una región próspera, la gente vivía de la caza de ballenas, la explotación de las minas y el comercio. Posiblemente fuese la villa de algún noble o persona venida a bien.

—¿Y qué sucedió? ¿Por qué la gente se fue al sur de Mérlobock?

—¿Por qué piensas que se fueron a otra parte de la isla?—preguntó Alatirno sorprendido.

—¿Quéquieres decir?

—Las gentes del norte desaparecieron. Cuando los Halfrings nos asentamos en Mérlobock, esta zona ya llevaba un siglo despoblada.

El viento comenzó a soplar con fuerza, arrancando ramas de los árboles secos de la villa. Me estremecí ante el susurro de los arbustos. En silencio y dando por finalizada la conversación, nos pusimos a recoger ramas para preparar una pequeña hoguera. Decidimos refugiarnos al calor del fuego entre las paredes sin techo de la antigua casa. La noche llegó sin previo aviso y al amparo del calor de las llamas decidimos descansar.

„ „ „

Un súbito ruido me despertó, el chasquido de una rama seca interrumpió un agitado sueño que estaba teniendo. Ningún animal salvaje habría provocado un ruido tan torpe, de modo que me enderecé y desenfundé a *Esfinge*. El chasquido se repitió y pude localizar el sonido, que provenía de un grupo de arbustos.

—Maldita zorra...—susurré, pensando que Yvette nos hubiese encontrado.

Agarré mi arma con más fuerza, esperando el ataque. Los arbustos susurraron, indicando el avance de la acechadora. De pronto, se abrieron para revelar la tambaleante figura de un hombre. Me relajé al comprobar que no se trataba de la kristin. El recién llegado tenía los pelos de la cabeza y de la barba enmarañados de tal forma que toda su cabeza parecía una bola de pelo. Estaba sucio, decrepito y con los ojos atolondrados. Avanzó como un mono, vestido con tan solo unos harapos sujetos con un tosco cinturón.

Alatirno se despertó de golpe.

—¿Quién eres?—preguntó sobresaltado.

El hombre nos miró con asombro, como si acabase de reparar en nuestra presencia. Se acercó al fuego y se sentó en el suelo, buscando el calor de las llamas.

—¿De dónde has salido tú?—dije tranquilamente, acercándome al extraño hombre.

Un sonido cascado brotó de su garganta inconfundiblemente humana, pero fuimos incapaces de entender lo que dijo. Pude notar como un extraño miedo se apoderaba de Alatirno.

—Deberíamos marcharnos y dejarle aquí—dijo manteniendo las distancias.

Me acerqué al hombre para observar su rostro de cerca a la luz de la hoguera.

—¡No lo toques!—me advirtió Alatirno—. Parece una criatura salvaje.

Estaba amaneciendo. El hombre miró al cielo y bizqueó. Farfulló algo que en nada semejaba un lenguaje articulado, y pude alcanzar a ver que tenía la lengua hinchada y agrietada.

—¿Quién eres?—murmuré, examinando al hombre.

Tenía la piel blanquecina por la sal del mar, seca y agrietada. Tenía el pelo lleno de hojas muertas y suciedad. Comprobé que sus uñas estaban desgastadas y llenas de tierra. Sus harapos apenas cubrían su desnudez. Pero eran sus ojos los que me inquietaban. A veces me miraban fijamente durante un instante y, después, se movían como enloquecidos, observando absolutamente todo a su alrededor. Había un combinación de miedo y dolor en su mirada. Me percaté también que el hombre estaba torcido de un modo extraño, con la espalda encorvada, como si le resultase más cómodo caminar a cuatro patas.

Con mucha suavidad, intenté levantarle del suelo y entonces descubrí que llevaba una pequeña bolsa atada al cinturón, oculta entre capas de tela raída. Sin pedir permiso, le arranqué la bolsita, destrozando sin querer su cinturón y dejando al hombre desnudo por completo. No pareció importarle, volvió a sentarse en el suelo y se acercó un poco más al fuego.

Con gran cuidado, bajo la atenta mirada de Alatirno, metí los dedos en la bolsa, tocando algo duro y frío. Saqué el objeto que había dentro y lo observé extrañado. Los primeros rayos de sol despertaron destellos en la pequeña esfera que sujetaba entre mis dedos. Alatirno se acercó, con un brillo similar al del objeto en sus ojos.

—Eso es hierro.

—¿Crees que lo habrá sacado de las minas?—pregunté haciendo girar la esfera metálica entre mis dedos.

—¿De dónde si no?—respondió Alatirno robándome el objeto.

El hermano del Hír se acercó al hombre y le puso la esfera metálica delante de sus ojos.

—¿Dónde has conseguido esto? ¿Podrías indicarnos el camino?

El hombre se incorporó, asustando a Alatirno, y abrió los ojos de par en par. Chilló con tal fuerza que su voz retumbo entre las paredes de la antigua casa. Era un sonido penetrante, monstruoso, como de otro mundo. Alargó la mano y arrebató el objeto a Alatirno. Después reculó como un cangrejo, aferrando la esfera metálica con fuerza sobre su pecho.

—Está bien, tranquilo—dije con suavidad, enfundado a *Esfinge* y levantando las manos en ademán conciliador—. No vamos a hacerte daño.

Se notaba que el hombre estaba débil, apenas podía sostenerse en pie. Tampoco parecía entender lo que decíamos.

—¿Qué hacemos con él?—pregunté a Alatirno.

—Ese hombre tiene hierro entre sus manos, las minas no deben de estar lejos. Opino que deberíamos dejarle aquí y seguir avanzando. Por su estado, diría que no puede recorrer grandes distancias.

Poco a poco el hombre dejó de temblar y volvió a acercarse al fuego, cerrando los ojos. Sujetaba con fuerza su única posesión contra su pecho. Alatirno se quitó la húmeda capa que colgaba de sus hombros y arropó al hombre.

—No podemos hacer más por él—dijo el noble.

;,;

A medida que nos alejábamos de las Calas de los Ahogados la humedad iba desapareciendo, pero no el frío. El terreno se alternaba entre colinas y llanos repletos de árboles secos que custodiaban un suelo de arena gris.

—¿Crees que sobrevivirá?—preguntó Alatirno de repente.

—Está bien—dije, encogiéndome de hombros.

—¿Cómo lo sabes?

—Nos sigue desde que salimos de la villa.

Alatirno se giró con exagerada cautela, y vio que el extraño personaje nos seguía desde una distancia prudente, cubierto con la capa del noble. Una extraña risita brotó de sus labios, estremeciéndonos. Su rostro volvió a alterarse, volvió la cabeza con pánico, tratando de descubrir si alguien más lo había oído.

—Me pone muy nervioso...—murmuró Alatirno.

Seguimos avanzando de cara contra el frío viento. De vez en cuando alguna roca negra de gran tamaño aparecía salpicando el desolado paisaje. El extraño hombre nos seguía, a veces desaparecía para más tarde reaparecer subido en alguna roca. El día llegaba a su final y una media luna proyectaba una escasa luz a través de las nubes. Estábamos a punto de descansar cuando avisté algo.

—¿Qué es aquello?—pregunté señalando una tosca construcción de madera clavada en la roca saliente de otra colina.

Alatirno divisó lo mismo que yo, y enloquecido empezó a dar saltos de alegría. Toda su carne se agitó en un desagradable espectáculo.

—¡Las minas, Kátsar! ¡Yo lo sabía, y tú lo sabías! ¡Sabíamos que estaban aquí!— dijo antes de salir corriendo—. ¡Vamos, cartógrafo!

Me giré y comprobé que el extraño hombre había desaparecido. Decidí reunirme con Alatirno, que a pesar de sus rechonchas y cortas piernas, se había alejado bastante de mí.

En efecto, aquello debía de ser una de las muchas minas que en su día escavaron en el norte de la isla, tal y como Alatirno me había narrado en una ocasión. El Halfrings buscaba una fuente de riqueza o los restos de algún antiguo reino. Y allí estábamos, en un lugar que jamás había pisado, pero al que habíamos llegado gracias a mis planos falsos y mis inventadas habilidades como cartógrafo.

La entrada a la mina se dibujaba con un marco de maderas negras y astilladas, comido por la humedad. Sin embargo, el acceso estaba tapiado. Varias rocas y restos de troncos impedían la entrada.

—¿Crees de verdad que encontraremos algo en su interior?—pregunté con reservas—. Esta mina hace tiempo que fue abandonada.

—Solo hay una forma de descubrirlo—contestó emocionado mientras comenzaba a retirar las piedras y troncos de menor peso.

—Incluso si hubiese algo de valor en su interior, ¿qué pretendes que hagamos después?—continué preguntando mientras me unía a la tarea de despejar la entrada—. Estamos los dos solos y no tenemos forma de regresar ni a Brionne ni a la granja.

—¿No eres cartógrafo? Eso deberías de saberlo tú—Alatirno estaba comenzando a sudar como un cerdo—. ¡Vamos, Kátsar! ¡Anima esa cara, lo hemos logrado!

No tenía muy claro qué habíamos conseguido. Tenía un mal presentimiento, y no solía equivocarme.

—Sí, pero no tenemos las cartas que traía. Se hundieron con el barco y los hombres que iban a ayudarnos.

Retiré un tronco de gran tamaño y un oscuro agujero quedó a la vista. Del interior de la mina salía un olor rancio, a humedad, polvo y putrefacción. Seguimos toda la noche despejando la entrada de la mina hasta que el alba nos sorprendió.

Habíamos despejado la mitad de escombros que sellaban la entrada a la mina. No era necesario continuar con la labor, nuestros cuerpos ya entraban por el hueco que habíamos abierto. No habíamos dormido aquella noche, y apenas las anteriores, pero hasta cierto punto, la emoción había embriagado nuestras mentes. Sí, incluso la mía. Con las manos agarrotadas por el frío y el trabajo, me las apañé para hacer una pequeña fogata para calentarnos y descansar un par de horas, antes de adentrarnos en la mina. Nuestros cuerpos suplicaban descansar y nuestros estómagos rugían pidiendo algo de comida. Finalmente nos quedamos dormidos. Cuando volvimos a abrir el ojo, avivé el fuego y prendí varias estacas con la intención de alumbrar la entrada de la mina. Había llegado el momento de culminar mis servicios para Alatirno Halfrings, había llegado el momento de adentrarnos en las cavidades de aquella mina.

„ „

Si alguna vez has entrado en una mina, ya sea de carbón o de hierro, ya conoces esa extraña sensación de asfixia que provocan sus estrechas paredes. Esta mina no era diferente. Avanzamos varios metros, con la entrada a nuestras espaldas, donde descansaban restos de madera que ardían débilmente, despertando sombras en la cavidad. Caminábamos en fila india, con precaución, cuando de repente me detuve en seco.

—Alto, no sigas caminando—advertí a Alatirno.

Me percaté de algo extraño en el suelo. Había un centenar de pequeñas bolas metálicas desperdigadas por todas partes.

—Ya sabemos de dónde sacó aquel tipo raro su esfera de hierro—respondió Alatirno con un resoplido. Intentó seguir avanzando pero le detuve agarrándole del brazo.

—Espera, mira—dije recorriendo con el dedo índice las esferas colocadas estratégicamente en el suelo, como si las uniese con líneas invisibles—. Estas bolas hacen un símbolo.

—¿Un símbolo?—preguntó Alatirno, mirando de nuevo cada esfera perfectamente pulida.

—Es un símbolo rúnico.

—¿Un símbolo rúnico? ¿Hablas de magia o algo así?

—Hablo de algún tipo de ritual antiguo, nunca había visto algo así—respondí, observando cada esfera con cuidado, intentando entender el símbolo que dibujaban.

—Tal vez lo pusieron a modo de advertencia, para que nadie entrara en la mina— respondió Alatirno sin dar importancia al hallazgo.

—O para que nadie saliera de ella...—murmuré.

El fuego de la entrada dibujó una nueva sombra en las paredes de la mina. Se deslizó rápidamente y se situó justo detrás de nosotros. La sombra de una ballesta se reflejó sobre nuestras cabezas.

—Está bien, Kátsar—dijo una voz femenina con calma—. Dame tu espada y todo esto habrá terminado.

Allí estaba de nuevo, aquella kristin apuntándome con su arma. ¿Cómo demonios había logrado llegar hasta allí?

—Por fin recibirás tu recompensa—respondí con la misma calma.

—No tengo tanto interés en el precio que han puesto a tu cabeza como en poseer el arma que llevas colgada a tu espalda.

—¿Han puesto precio a tu cabeza?—preguntó Alatirno desconcertado.

Mientras la joven asesina nos apuntaba con su arma, Alatirno y yo íbamos retrocediendo poco a poco, casi rozábamos el símbolo dibujado por aquellas esferas metálicas. Yvette bloqueaba la entrada, y ahora salida, de la mina.

—Tu espada, y a cambio os perdonaré la vida a ambos—propuso la kristin.

Parecía que Alatirno fuese a echar a correr de un momento a otro, cuando un grito de terror retumbó en toda la galería. De pronto, el extraño hombre de mirada perdida entró en la mina, dio un empujón a Yvette, que perdió su ballesta, y se abalanzó contra el noble. Alatirno intentó apartar al salvaje, pero este se aferraba a él con fuerza. Aproveché el desconcierto general y recuperé la ballesta del suelo. Tuve que decidir a quién apuntar primero, a la kristin o al loco. Finalmente le propiné a la joven una patada en el estómago con tal fuerza, que cayó al suelo hecha un ovillo. Por un momento, pensé que estaba muerta pero en seguida empezó a toser. Apunté con la ballesta al hombre que atacaba a Alatirno y entonces descubrí algo. No estaba atacando a mi amigo, estaba intentando tirar de él y alejarle hacia la entrada de la mina. No quería que estuviésemos allí, nos quería sacar.

Alatirno aún no se había percatado, gritaba y golpeaba al hombre intentando zafarse. En uno de sus tirones, los gruesos pies de mi amigo pisaron el símbolo dibujado en el suelo y varias esferas metálicas salieron disparadas. Entonces, todo sucedió muy rápido. El hombre semidesnudo abrió los ojos hasta tal punto que parecía que se le fuesen a salir de la cara. Un viento helado recorrió la galería, inmovilizando nuestros músculos. Y

entonces llegó el temblor. Una sacudida tan fuerte que los tres hombres fuimos a parar al suelo, donde todavía reposaba Yvette retorciéndose de dolor. La mina se estremeció desde sus entrañas, desprendiendo rocas y polvo. Abrí los ojos, dispuesto a salir de allí, pero ya era tarde. La entrada había sido bloqueada por rocas y arena. Estábamos atrapados dentro de la mina. El fuego quedó ahogado y nosotros sumidos en una completa oscuridad.

„ „ „

Para cuando mis ojos se adaptaron a la oscuridad, el extraño hombre que minutos antes se había abalanzado sobre Alatirno ya estaba en pie, o mejor dicho, a cuatro patas, intentando recolocar todas las esferas, que tras el temblor se habían desperdigado por la galería de la mina, borrando el símbolo por completo. Descubrí que había perdido la ballesta pero *Esfinge* seguía conmigo. Yvette y Alatirno se incorporaron algo desconcertados, entre toses y estornudos.

—¿Qué significa esto?—pregunté agarrando a la kristin por el cuello y alzándola varios centímetros del suelo—. ¿Es alguna de tus trampas?

Estaba apretando tan fuerte, que de un momento a otro su cuello se partiría. Apenas podía balbucear la respuesta, de modo que decidí soltarla. Abrió la boca buscando aire desesperadamente.

—¿Qué vamos a hacer?—preguntó Alatirno asustado.

—Te aseguro que no vamos a ser capaces de retirar esas rocas. Solo queda una alternativa, adentrarnos en la mina y descubrir si hay otra apertura que dé al exterior.

El hombre que recogía esferas del suelo y las iba colocando se detuvo. En la oscuridad de la mina, su rostro mostraba desesperación.

—Si nos adentramos un poco más, no podremos ver nada—respondió Alatirno indeciso.

—Si nos quedamos aquí, para cuando sea de noche ningún rayo de luz se colará entre esas rocas—dije señalando las enormes piedras que bloqueaban la entrada.

—Yo... puedo ayudar...—dijo la joven con dificultad.

Alatirno y yo miramos a la kristin con desconfianza. Se movía con dificultad, por un momento pensé que tal vez le había reventado el bazo. Metió su mano en el bolsillo y sacó un objeto de madera que no mediría más de veinte centímetros. Parecía un palo recubierto de un polvo blanco plateado en uno de sus extremos.

—¿Qué es eso?—preguntó Alatirno, retrocediendo.

—Es una vara de luz—contesté al tiempo que se la quitaba a Yvette.

Agarré el palo con fuerza de un extremo, y pasé con fuerza el otro lado contra la pared. El roce contra la roca hizo saltar chispas hasta que una llama prendió en la punta del palo.

—No me mires así, sólo es fósforo y alguna mierda más que los alquimistas le echan en el Gran Continente—le dije a Alatirno, que me miraba con desconfianza—. Vamos, adentrémonos y veamos si esta galería nos lleva a algún lugar.

El extraño hombre se acercó a mí y alargó su brazo con el puño cerrado, con intención de entregarme algo. Abrí la palma de mi mano libre y un objeto frío cayó sobre ella. Era su bolita metálica. Durante unos segundo me miró fijamente a los ojos, después fue a acurrucarse junto a la entrada sellada de la mina. Comprendí que él no nos acompañaba.

„ „ „

La vara de luz iluminaba la galería con una llama que oscilaba entre el rojo y el blanco. El olor que desprendía era muy desagradable por lo que estiré el brazo en un intento por alejarla de mi rostro todo lo posible. El túnel que se adentraba a las entrañas de la tierra se iba ensanchando a medida que avanzábamos, de modo que indiqué a la kristin que se colocase a mi lado, quería tenerla a la vista en todo momento. Alatirno iba detrás, guardando mis espaldas y en parte, obstaculizando el paso gracias a su gran tamaño.

—¿Cómo has llegado hasta aquí?—pregunté de repente a la kristin.

—Usa un poco tu imaginación Kátsar, no eres tan estúpido—respondió con tono seco, había recuperado la respiración. Por un momento me entraron de ganas de volver a darle una patada.

—Ibas en el barco, ¿verdad?

—Esos cretinos ni se percataron de que llevaban un polizón abordo. Estaba a punto de atravesarte la cara con una saete cuando impactamos con el barco—respondió como si no diese importancia a sus palabras—. Caí por la borda y aquí estamos.

—Shhh... silencio—ordené.

La galería se abría dejando lugar a una extensa apertura que seguía adentrándose bajo las capas de tierra. En el vasto paso subterráneo resonaban suaves ecos. Había restos de

herramientas oxidadas por todas partes, y toda una serie de stalagmitas brotaban del suelo como fríos colmillos de piedra. Oímos un crujido bajo nuestros pies y Alatirno se agachó para recoger algo. Acerqué la vara de luz para ver mejor qué sujetaba entre sus manos. Pude reconocer de qué se trataba enseguida: restos de un cráneo humano. Intercambié miradas en silencio con mis acompañantes. Oímos un ruido y nos giramos bruscamente en su dirección. La vara de luz no aclaraba las tinieblas, pero pudimos distinguir figuras que se movían con rapidez y facilidad, evitando las stalagmitas y algunas incluso, recogiendo las herramientas abandonadas que se encontraban a su paso.

Cedí el palo luminoso a Alatirno y desenfundé a *Esfinge*, al tiempo que Yvette sacaba una daga oculta de una de sus botas. Tensé los músculos de todo mi cuerpo, preparado para el ataque de algo que no alcanzaba a ver con claridad. En aquel momento dos pensamientos recorrieron mi mente: tal vez no saliésemos con vida de allí, tal vez al fin, estando Yvette y yo en aquel lugar, los kristin se extinguirían definitivamente; entre tanto, otro pensamiento se abría paso en mi cabeza, no sabíamos qué avanzaba con tal rapidez hacia nosotros, deslizándose por la caverna, pero sí tenía clara una cosa: nosotros habíamos despertado a aquellas criaturas.

Kálsar